

IMPERIALISMO Y SUBDESARROLLO

ALONSO AGUILAR M.*

Partiendo del marco ya esbozado por Armando Córdova, intentaré examinar algunas relaciones entre el imperialismo y el subdesarrollo latinoamericano.

Si la teoría económica tradicional no se ocupa del imperialismo, menos todavía ofrece una explicación satisfactoria de las causas determinantes del subdesarrollo. Incluso podría decirse que ni siquiera repara en la existencia misma de este fenómeno como un aspecto y a la vez una consecuencia del desarrollo capitalista. En el mejor de los casos toma en cuenta rasgos fragmentarios del proceso, que, en vez de asociarse a las realidades concretas y cambiantes de las que surgen, se divorcian arbitrariamente de ellas y sólo son objeto de comparaciones estáticas y a menudo de reflexiones especulativas dentro del marco del análisis del equilibrio. En esa perspectiva el subdesarrollo resulta unas veces un caso especial, otras una etapa incipiente de un proceso que se desenvuelve en forma gradual —y aun linealmente— hacia la “sociedad de consumo”, otras más el fruto de una combinación de productividades marginales desfavorables, que sospechosamente eximen tanto a las potencias capitalistas como a las burguesías internas, de responsabilidad en la generación del atraso, y en fin, otras veces el subdesarrollo parece no ser más que un transitorio estado de cosas atribuible a fallas de la política económica o de la organización institucional, que generalmente se suponen susceptibles de corrección más o menos fácil, a corto o mediano plazo.

* El presente texto es una versión corregida y ampliada de la intervención verbal del autor en el Encuentro Italo-latinoamericano organizado por el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea, que tuvo lugar en Roma en la tercera semana de septiembre de 1972.

Dos defectos fundamentales que por sí solos invalidan tales planteamientos y que vuelven muy poco útiles las diversas versiones de la teoría neoclásica —incluyendo los enfoques macroeconómicos más recientes y sofisticados—, son los siguientes: en primer lugar, el centro del análisis económico en el marco del subdesarrollo no es ni puede ser el equilibrio, y mucho menos el equilibrio estático —o siquiera la búsqueda del equilibrio dinámico que tanto importa en las economías planificadas— sino más bien lo contrario, esto es: el desequilibrio. El subdesarrollo es un complejo de contradicciones —con estrechas relaciones entre sí y sin solución posible en el marco del capitalismo— que se expresa en toda clase de desequilibrios: desequilibrios en la acumulación de capital y en la proyección de la inversión, en el grado de desarrollo de la actividad económica y en el reparto del ingreso, en los patrones de producción y de consumo, en el mercado de trabajo y en todo el proceso de formación de los precios, en la selección de técnicas, en el financiamiento del desarrollo y en casi cada renglón de la balanza de pagos, y por tanto en las relaciones con el exterior. Pues bien, los más graves desajustes que caracterizan al subdesarrollo son estructurales; están profunda, orgánicamente ligados al funcionamiento del sistema en que aparece o al menos en el que se agudiza grandemente, o sea a la estructura capitalista en que se asienta y le sirve de marco histórico. Y en el análisis ortodoxo o bien se dan los fenómenos estructurales por supuestos como datos dados, como elementos estáticos y pasivos que no figuran y aun no influyen en las variables que se consideran económicamente más importantes, o bien se excluyen del todo, y sin ubicarse con precisión en ninguna parte, se deja sentir que están más allá de la economía y por tanto del campo de estudio de la ciencia económica. De lo que resulta que, en rigor, se prescinde de lo que en una genuina teoría del desarrollo es una variable histórica fundamental a explicar, y de lo que en una auténtica estrategia del desarrollo es una realidad a transformar y un obstáculo a vencer.

¿Cómo aparece y qué papel juega el imperialismo en el subdesarrollo latinoamericano?

Hasta hace relativamente poco tiempo se tendía a menudo en Latinoamérica —acaso, sobre todo, en las organizaciones y corrientes de izquierda— a dar la impresión de que el imperialismo y el subdesarrollo eran como las dos caras de una misma moneda, como dos hechos que no sólo mantenían entre sí una íntima relación sino que correspondían, el uno al otro, exacta y cabalmente. La relación solía ser tan mecánica y simplista, que al menos en ciertos plan-

teamientos parecía tirarse una línea que arbitrariamente cortaba el proceso histórico e impedía advertir el marco en que el capitalismo, por un lado, se convierte en imperialismo y, por el otro, las condiciones en que el proceso económico latinoamericano desenlaza en el subdesarrollo.

Más recientemente, en los últimos cinco a diez años, diversos autores latinoamericanos y extranjeros han llamado la atención acerca de la importancia de rastrear en un pasado más remoto y de comprender, concretamente, la forma en que, desde sus albores, el fenómeno capitalista influyó en la conformación del atraso de los países hoy subdesarrollados. Y a partir de ambas posiciones y de la revisión crítica, la complementación y en cierto modo la síntesis de las mismas, se ha ido avanzando en el estudio teórico del subdesarrollo y de su relación con el imperialismo.

Desde mucho antes de que el capitalismo entre a la fase monopolista y aun antes de volverse el modo de producción dominante en Europa y América, se recorre un largo ciclo histórico que influye decisivamente en el curso del proceso económico latinoamericano. Para comprender mejor lo que ello significa cabría recordar aquí que Latinoamérica es conquistada principalmente por España y que este hecho no sólo ejerce influencia en múltiples aspectos de su vida económica, social y política sino que entraña un profundo desgarramiento, una violenta ruptura que literalmente quiebra la continuidad del proceso histórico latinoamericano.

América Latina entra al mundo económico moderno como una región subyugada, vencida por un enemigo materialmente más poderoso y uncida a intereses que, lejos de ser los suyos, son los del dominador extranjero que se impone por la fuerza de las armas. Y durante casi tres siglos vive bajo el coloniaje y sufre el despojo constante no solamente de sus riquezas sino de todo: de su economía, de su religión, de sus tradiciones, su lengua y su identidad cultural.

Desde el siglo xvi, Latinoamérica empieza a integrarse a un mercado que los avances de la navegación, los grandes descubrimientos de ultramar y la expansión del comercio van convirtiendo en un mecanismo propiamente internacional; pero ni entonces ni cuando, ya entrado el siglo xvii, el capitalismo se vuelve el modo de producción dominante en Inglaterra, nuestros países encuentran condiciones propicias para su desarrollo. Antes al contrario lo que para unas naciones son estímulos y factores de impulso, para otras representan trabas, interferencias y aun severas y rígidas prohibiciones coloniales que detienen y deforman su desenvolvimiento. El des-

arrollo comercial de fines del XVIII, apoyado en buena parte en la primera revolución industrial inglesa y en las revoluciones democráticas de Estados Unidos y Francia, abre nuevas posibilidades de intercambio y ayuda a modificar la estructura productiva en muchos países en donde el capital empieza a imponerse como expresión de un nuevo sistema socioeconómico.

A principios del siglo XIX Latinoamérica se independiza políticamente de España —más tarde lo hará, Brasil de Portugal— pero la emancipación política no trae consigo la posibilidad de un desarrollo económico autónomo. El papel que España juega durante el largo régimen colonial corresponderá, a partir de entonces, a Inglaterra y a otros países que han salido adelante en la carrera capitalista y que al menos en sus relaciones con Latinoamérica, en vez de apoyarse en las viejas y ya caducas fórmulas coloniales —que España misma encuentra cada vez más difícil aplicar hacia el fin de su imperio—, enarbolarán una nueva y atrayente bandera republicana que la burguesía, y sobre todo la británica, despliega con éxito en todas partes: la bandera de la libertad; de la libertad en los mares, en la industria y el comercio, de la libertad de crear, de pensar y difundir universalmente las ideas.

La fase competitiva y, en buena medida librecambista, del capitalismo, no significa para Latinoamérica lo que para Inglaterra y otros países europeos. En vez de capitalistas nacionales resueltos y audaces que a partir de la empresa privada y acicateados por la libre concurrencia impulsan rápidamente el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que se da es un desarrollo pobre, deforme y dependiente, rodeado de múltiples escollos y en el que la libertad siempre opera en la dirección de fortalecer a los países económica y aun militarmente más fuertes, que fundamentalmente la emplean para someter a su hegemonía a los más débiles.

Cuando el imperialismo empieza a configurarse como una nueva etapa en que la concentración del capital y la producción han engendrado el monopolio, los signos de que el capitalismo se ha ido abriendo paso, están presentes en el escenario latinoamericano.

La configuración y la rápida expansión de un mercado capitalista mundial en la segunda mitad del siglo XIX impulsan ese desarrollo, que sin duda tiene además una larga y compleja dinámica interna, que influye y a la vez recibe la influencia del desenvolvimiento del capitalismo en otros países. O sea que si bien el imperialismo acelera de momento y en algunos casos probablemente aun incorpora a ciertas economías al mercado capitalista, cuando el sistema empieza a recorrer esa nueva fase histórica la economía La-

latinoamericana ya ha sufrido profundos cambios que sin duda revelan la presencia del fenómeno capitalista en ascenso, y, en algunos casos, el predominio de las relaciones capitalistas.

El capitalismo latinoamericano no surge ni se desenvuelve a la manera clásica. En vez de ser el fruto de un desarrollo independiente, como ocurre por ejemplo en Inglaterra, Holanda, Estados Unidos y aun Francia, Alemania y otros países, nace ligado a la dominación colonial y, en general, a rígidos lazos de dependencia; en vez de resultar de un largo proceso de acumulación originaria, que poco a poco creara las condiciones que harían posible la formación del mercado capitalista y la explotación del trabajo asalariado, el capital mercantil formado en una larga etapa se succiona por las potencias metropolitanas y es dilapidado por las clases dominantes internas, lo que de hecho entraña un largo proceso de *desacumulación* originaria, es decir, una situación en que la acumulación primitiva se da a medias, sin que sus dos elementos fundamentales lleguen a integrarse en un cuerpo unitario. En efecto, si bien de una parte se disocia a los productores rurales y urbanos de sus medios o condiciones de producción y se va formando una masa creciente de trabajadores que sólo dispone de su fuerza de trabajo y de la posibilidad de venderla en el mercado, y del otro lado se va acumulando lentamente lo que no se succiona o desperdicia del capital mercantil en proceso de expansión, la gran ventaja tomada por las naciones más poderosas y la influencia que ejercen en la división internacional del trabajo, impiden que el desenvolvimiento del mercado interno, y en particular del mercado de trabajo, desenlace en una etapa de rápida formación de capital, que en otras condiciones habría surgido y acelerado la explotación del trabajo asalariado. El capitalismo latinoamericano es, desde sus inicios, un capitalismo sin industria propia. Y, como al menos en algunos países del subcontinente adviene el modo de producción dominante cuando las nacientes potencias imperialistas inician ya lo que habrá de ser la segunda gran revolución industrial, a ello obedece que, a partir de entonces, los países hoy subdesarrollados adquieran un carácter definitivamente tributario de las economías metropolitanas:

“...de ello resulta, por un lado, que el tránsito —digamos *natural*— de la manufactura a la gran industria, decisivo para que el capitalismo impulse eficazmente el crecimiento de las fuerzas productivas y la expansión del mercado interior, se frustre en gran medida; y por otro, que en vez de que el nuevo sistema se desenvuelva esencialmente dentro de ese mercado y en torno a una industria nacional en rápido desarrollo, lo haga en el seno del mercado mundial, en condiciones obviamente desfavorables y alrededor de una industria ajena y casi siem-

pre distante, o sea de un mecanismo inestable, anárquico y para colmo incontrolable, que a partir de entonces será, a la vez que el principal factor dinámico del sistema, el más grave y persistente obstáculo a un genuino desarrollo.”¹

“El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar en forma medianamente aceptable el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado que a partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial... sometido permanentemente a la rivalidad y el insaciable afán de lucro de las grandes potencias..., y que descansa en una división internacional del trabajo que... sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.”²

El hecho de que el capitalismo se vuelva el modo de producción dominante en los países hoy atrasados, precisamente cuando el sistema se desplaza de la fase propiamente competitiva a la monopolista, no es una cuestión secundaria o incidental: es una confluencia histórica decisiva, que en buena medida determinará la suerte del capitalismo latinoamericano. En efecto, en unos cuantos decenios de la segunda mitad del XIX se suceden y en cierto modo entrelazan los hechos siguientes: 1) la rápida expansión capitalista de Europa y Estados Unidos acelera el desarrollo del mercado, el que tras un largo proceso histórico culmina en un sistema de relaciones económicas *propriadamente mundiales* y, ahora sí, *definidamente capitalistas*; 2) la integración de ese mercado resulta y a la vez se expresa en una nueva división internacional del trabajo que incorpora rápidamente las exigencias que el comercio mundial plantea a países y regiones que, a veces hasta la víspera, permanecieron en cierto modo al margen de tales actividades y reclamos, y ello, a la vez, acelera el desarrollo capitalista, el que, en el caso de Latinoamérica, venía desenvolviéndose penosamente desde tiempo atrás; 3) el advenimiento del capitalismo en los países hoy subdesarrollados parece, por un momento, abrir toda una nueva y prometedora perspectiva. Y no sólo los liberales más entusiastas sino aun los pensadores más críticos, anticipan grandes progresos y creen que el nuevo sistema traerá consigo avances espectaculares como los que hizo posibles en Inglaterra y Holanda, y más tarde en Francia, Estados Unidos y Alemania; 4) Pero la aparición del imperialismo, surgido de la dialéctica misma del desarrollo capitalista, no sólo entraña cambios pro-

¹ A. AGUILAR M., “El Capitalismo del Subdesarrollo”. *Problemas del Desarrollo*, No. 8, México, julio-septiembre de 1971, p. 65.

² *Ibid.*, p. 64.

fundos en el régimen de competencia y por tanto en el funcionamiento interno de la economía de los países más avanzados, sino en todo el sistema de relaciones económicas internacionales y, concretamente, en el alcance, las formas y aun el carácter mismo de la dependencia. Es decir, cambia todo el funcionamiento del mercado capitalista, tanto en un sentido interno como internacional, iniciándose una etapa en la que el monopolio influirá sobre el mercado interno y por tanto sobre la estructura productiva y el nivel y las condiciones en que se formen los precios en los países en que realizan el grueso de su actividad, así como sobre el resto del sistema y en particular sobre las naciones dependientes de América Latina, las que a partir de entonces serán, en mucho mayor medida que antes, economías tributarias —ellas mismas, además, en proceso de monopolización— de las grandes potencias imperialistas.³

¿Por qué pensamos que no sólo cambia en tal momento la forma sino la naturaleza de la dependencia, hasta volverse ésta realmente *estructural*? Porque los cambios que subyacen a las nuevas relaciones de dependencia son, a su vez, *propriadamente estructurales*, es decir, son cambios profundos, realmente cualitativos, que afectan el modo de producción y todo el complejo de relaciones sociales que le son inherentes. En otras palabras, en vez de una dependencia entre países precapitalistas, que fundamentalmente se sostiene en la violencia restrictiva de un régimen de dominación colonial y en los todavía muy débiles lazos colocados por el capital mercantil en un mercado incipiente, como ocurre bajo la conquista y buena parte del coloniaje; en lugar, inclusive, de un sistema de relaciones entre países capitalistas y precapitalistas en un mercado aún no estrictamente mundial, lo que ahora va a tomar cuerpo es una relación entre países capitalistas que cuentan ya con una industria moderna y en los que el monopolio —ya no la libre empresa— empieza a ser la forma de organización económica dominante, y países capitalistas dependientes en los que el Estado tomará a menudo el lugar que antes correspondió a la empresa privada, cuyo rol en el nuevo mercado mundial será servir a las nuevas metrópolis.

³ “...la dependencia... no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye, y sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo, difiere en muchos aspectos de la que corresponde a una fase posterior, propiadamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación, a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo.” *Ibid.* p. 61.

Es decir, así como la *competencia* se volverá monopolística, la *dependencia* será también monopolística, con la peculiaridad de que, a menudo sin encontrar resistencia, se impondrá en Latinoamérica, a las formas premonopolistas, pero en condiciones precarias, subordinadas, lentamente y sin poder crear ya procesos y mecanismos de integración comparables a los del capitalismo tradicional. Y en lo que hace a la estructura de clases y a la articulación del sistema social, la ruptura impuesta por el desarrollo desigual y la dependencia implicará, por una parte, que la burguesía, que con el capitalismo se consolida como clase dominante, a partir de la iniciación del imperialismo se configure al propio tiempo como una clase dominada, y por el otro, que al no darse un desarrollo industrial propio sino un entrelazamiento y aun una creciente subordinación de la economía latinoamericana con el capital del exterior —que en buena medida es ya un capital monopolista—, la contradicción burguesa proletariado se proyecte hacia afuera y adquiera un carácter más complejo y, en cierto modo, triangular.*

Todavía más: la dependencia será estructural también en otro sentido: el naciente capitalismo latinoamericano se convertirá en parte integrante de un sistema capitalista en donde el ya desigual desarrollo entre los países más avanzados y los que se han ido rezagando en el proceso de expansión de las fuerzas productivas, a partir del crecimiento de la gran industria se acentuará en mucho mayor medida, y agudizará también la dependencia.

O sea que al menos en México y otros países de América Latina no parece darse la situación de que hablaba Rosa Luxemburgo todavía hacia 1913, en vísperas de la segunda guerra mundial, según la cual, como se recordará, el imperialismo se lanzaba y aun esencialmente consistió en una lucha entre los países capitalistas por penetrar en las áreas precapitalistas, para poder así realizar plenamente la plusvalía y llevar adelante el proceso de acumulación.

Al margen de otros aspectos discutibles de la tesis luxemburguista —como los criticados por Bujarin y Lenin— la irrupción en grande escala del capital extranjero se produce en México, Chile, Argentina, Cuba, Uruguay y otros países —digamos entre 1890 y 1915— no en un contexto histórico precapitalista sino en economías capitalistas dependientes y profundamente deformadas, si se quiere con fuertes

* Como bien señala LUKÁCS hay "...una profunda diferencia entre las economías capitalistas y las precapitalistas... las sociedades precapitalistas tienen mucho menor cohesión que el capitalismo. Sus diversas partes son mucho más autosuficientes y menos interrelacionadas que bajo el capitalismo..." *History and Class Consciousness*. Merlin Press, London, 1971. p. 55.

resabios precapitalistas, pero en las que la explotación de trabajo asalariado se estaba convirtiendo en la principal fuente de producción, de plusvalía y de capital. Parecería, en tal virtud, que más bien se trataba de una situación en la que, consumado en lo fundamental —como Marx y Engels lo consideraban— el proceso de integración de un *mercado mundial capitalista*, la expansión de los monopolios más bien acentuaría, en la forma señalada por Lenin, la desigualdad del desarrollo y colocaría a ciertos países formalmente independientes, en la categoría de naciones semicoloniales o dependientes que, con base en procesos capitalistas de explotación de una creciente fuerza de trabajo, contribuirían a acelerar la acumulación de capital, sobre todo en las economías hegemónicas del sistema.

De lo anterior se desprende que al menos en los países latinoamericanos de que hablamos, el capitalismo no es un fenómeno de importación; no se produce simple e inopinadamente con la afluencia del capital extranjero, como expresión del desarrollo del imperialismo; es un fenómeno anterior y mucho más complejo, en el que se funden, aunque sin llegar a sintetizarse en un todo integrado, por una parte la influencia del capitalismo a escala mundial, que penetra esencialmente desde fuera a estas economías, y por la otra la influencia del desarrollo capitalista interno, que a pesar de las múltiples trabas impuestas en buena medida por la propia dependencia, va volviéndose el modo de producción dominante, hasta llegar a prevalecer sobre las relaciones precapitalistas y convertirse en factor que, en estrecha relación con los cambios que se producen en el resto del sistema y sobre todo en las economías metropolitanas, determinará —como ocurre al iniciarse la fase monopolista— las nuevas formas de eslabonamiento y aun de dependencia económica internacional.

Y si el desarrollo capitalista en los países hoy subdesarrollados de América Latina se gesta desde tiempo atrás, ¿a qué obedece que la burguesía no sea capaz de imprimir al proceso económico un ritmo y una proyección que acorten rápidamente la distancia que los separa de las naciones más avanzadas? En primer lugar, si nuestros países estaban ya hace un siglo bien atrás de dichas naciones, es de entonces a la fecha cuando, en mayor medida que nunca, caen realmente en el subdesarrollo y se rezagan cada vez más. Y ello porque el capitalismo no nace como el sistema pujante de que medio siglo atrás hablara Marx en *El Manifiesto Comunista*. La burguesía no supo, en Latinoamérica, lo que era la dura lucha bajo el régimen de libre concurrencia ni pudo capacitarse para librar la batalla con los monopolios extranjeros. Vivió siempre protegida,

y a menudo artificialmente protegida por el arancel, los altos precios y los favores oficiales, o asociada al capital extranjero en condiciones inferiores y dependientes. Y aunque a fines del siglo XIX y principios del XX no faltaron quienes pensaban que la burguesía latinoamericana, haciendo suyas las inquietudes nacionalistas de los intelectuales y las justas reivindicaciones de campesinos y trabajadores urbanos, abriría la perspectiva de un desarrollo independiente, los intentos reformistas y aun las luchas populares de mayor envergadura —como por ejemplo la Revolución Mexicana— se resolvieron a la postre en cambios secundarios, es decir, no estructurales, que en ningún caso lograron librar a nuestros países del atraso y la explotación.

De nuevo puede apreciarse aquí una situación que descubre el carácter estructural de la dependencia. Ni en sus momentos y planteos más lúcidos, la burguesía logra trazar una estrategia que asegure el desarrollo nacional independiente. Pero si el capitalismo monopolista no ofrece tal posibilidad, sí asegura en cambio a una fracción de la clase dominante y, sobre todo, a la oligarquía, en buena parte asociada al capital extranjero, la posibilidad de concentrar en su poder una sustancial proporción del ingreso y la riqueza. Es decir, así como en otra etapa y otras condiciones la burguesía y el capitalismo afirmaron la independencia nacional, la burguesía dependiente de América Latina, aun al volverse ella misma una burguesía monopolista como resultado de la cada vez mayor concentración y centralización del capital interno y de su subordinación al extranjero, será una clase cuya misión principal consistirá en agudizar la dependencia y el subdesarrollo, sin que tal proyección histórica se altere por los ocasionales conflictos y desacuerdos con el capital monopolista internacional.

Tras este bosquejo conviene que veamos más de cerca —y asociándolas a algunos aspectos fundamentales de la fase monopolista— las relaciones entre el imperialismo y el subdesarrollo:

1) El imperialismo contribuye a ampliar el mercado mundial y acelera —no determina— la integración de los países dependientes de América Latina a ese mercado, obligándolos a jugar un nuevo papel en el sistema. Hasta unas décadas antes —bastaría examinar las cifras del comercio exterior o de los movimientos internacionales de capital para comprobarlo— Latinoamérica conserva un grado relativamente mayor de independencia. Pero a partir del momento en que se expande la gran industria y el imperialismo se configura plenamente con base en el dominio de los monopolios, se produce una situación en la que Latinoamérica empieza, definitivamente, a es-

pecializarse como proveedora de materias primas, alimentos, y, en segundo término, mercados y aun mano de obra barata (al principio esto es, sin embargo, menos importante) para los países industriales. Debemos recordar que esta etapa se caracteriza por una gran aceleración del proceso industrial, pues a la segunda revolución industrial de Inglaterra y otros países que tomaron la delantera en el proceso capitalista, se agrega la rápida industrialización de Estados Unidos, Alemania y Japón, que demandan grandes cantidades de productos primarios, de alimentos y nuevos centros que puedan proveerlos en condiciones favorables. En la primera fase del imperialismo, Latinoamérica adquiere claramente el carácter de una economía tributaria: Chile se convierte esencialmente en productor de cobre, Bolivia de estaño, México y Perú de plata y otros minerales, Brasil y Colombia de café, y Argentina y Uruguay de carnes y cereales.

2) El imperialismo acelera de momento el desarrollo del capitalismo en los países dependientes, pero a más largo plazo lo estorba y no abre ya las perspectivas de cambio que fueron características del modelo clásico, o siquiera de lo que podría denominarse la versión neoclásica del desarrollo capitalista, es decir, las formas que el proceso adopta en los últimos países que logran un desarrollo independiente. En vez de remover ciertos obstáculos que antes pudo sortear con éxito, el capitalismo será a menudo en Latinoamérica la causa de insalvables dificultades, que habrán de entrelazarse con ciertas relaciones precapitalistas que el nuevo modo de producción no podrá liquidar fácilmente ni entonces ni más tarde. Pese a todo ello el modo de producción capitalista se extiende, crece con rapidez el mercado de trabajo, aumenta el número de trabajadores en el campo y las ciudades y se generaliza la explotación de mano de obra asalariada, a partir de la movilización creciente de una oferta que siempre rebasa la capacidad del sistema para absorberla, lo que, por cierto, vuelve especialmente penosas las condiciones de las grandes masas en esta etapa.

3) Un tercer rasgo del proceso que a nuestro juicio vale la pena subrayar, consiste en la ausencia de un centro dinámico propio y, en particular, de una industria realmente nacional. La construcción ferroviaria y el fomento portuario y de la navegación marítima, por ejemplo, impulsan el desarrollo, pero sobre todo aceleran la integración de la economía latinoamericana al mercado mundial y a las exigencias del naciente imperialismo; el auge minero de fines del siglo XIX y principios del XX responde también, esencialmente, a las necesidades de la industrialización de los grandes países capitalistas;

y así, sucesivamente. Y en cuanto a la industria, o sea el factor dinamizador por excelencia de todo proceso de desarrollo, Latinoamérica nunca dispondrá de una industria propia que le permita absorber sus recursos productivos a un nivel medianamente satisfactorio. En un principio la naciente industria tendrá que ceder ante la competencia de las manufacturas extranjeras; y entonces y después, dependerá de empresas que operan en el extranjero y que desde fuera proveen a nuestros países de los bienes que requiere el desarrollo dependiente, y aun en la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones, en que se avance en la producción interna de bienes de consumo y en la fabricación de ciertos bienes de producción, las cosas, en el fondo, no cambiarán, pues las industrias más dinámicas e importantes seguirán en el extranjero, y las que se establezcan en el país dependiente estarán también supeditadas al capital y aun a menudo bajo el control extranjero. Precisamente por ello, lejos de que la industria sea la nueva fuerza que acelere un desarrollo nacional independiente, será el factor agudizador del subdesarrollo y la dependencia, porque, opere fuera o dentro del territorio nacional del país sometido, será esencialmente una industria extranjera, un eslabón de una cadena ajena, una condición para aprovechar los recursos productivos internos, no como más convenga al país en cuyo territorio existan tales recursos, sino como sea mejor para los intereses de las potencias metropolitanas.

4) Todo lo anterior tenderá a traducirse —y este será un nuevo rasgo del subdesarrollo— en formas de explotación sumamente irracionales de los recursos, esto es, en sistemas de explotación que ni siquiera aseguren ya la discutible “racionalidad” capitalista de antaño. Recursos que hasta entonces permanecieron relativamente ociosos o no se utilizaron, empezarán a ser aprovechados a partir de esta nueva situación histórica. Se abrirán nuevas minas, se pondrán en cultivo campos antes no explotados, surgirá un nuevo sistema de transportes, pero la expansión de las fuerzas productivas no utilizará adecuadamente los recursos disponibles —empezando con la abundante mano de obra— ni responderá a las más ingentes necesidades de cada país latinoamericano. Lo que ocurre en los transportes demuestra dramáticamente, por ejemplo, cómo las vías de comunicación no se construyen para comunicar los centros estratégicos de los países de que se trata, los que con frecuencia siguen aislados por largo tiempo; lo que se busca es articular mejor y relacionar más estrechamente a las economías dependientes con el mercado mundial en expansión y con las potencias que empezarán a explotar, ahora directamente, los recursos de los países subdesarrollados.

5) Otra consecuencia fundamental que muestra hasta dónde el imperialismo entraña una ruptura histórica profunda que rompe la continuidad del proceso latinoamericano y desgarrar su economía, consiste en que la iniciación de tal etapa significa la importación súbita del monopolio, o sea de una forma de organización que alterará, inevitable y profundamente, los procesos de integración característicos de la economía dominada. Lo que aquí se da es una situación que expresa cómo el imperialismo irrumpe a los países dependientes no como fruto de un desarrollo interno, digamos natural, que hubiese generado por sí mismo la concentración del capital y el monopolio, sino de la inserción de las economías subordinadas, que apenas inician su desarrollo propiamente capitalista, a los nuevos imperios económicos en donde el régimen de libre competencia ha creado ya el monopolio. A partir de allí se configurará una compleja situación en la que, en el marco del capitalismo del subdesarrollo se yuxtapongan y entrelacen desde formas arcaicas de producción hasta talleres artesanales, pequeñas manufacturas, empresas medianas y grandes monopolios extranjeros que operan con nuevos métodos de organización, técnicas más modernas y eficientes y una gran capacidad para influir directa e indirectamente en el proceso económico, y por tanto en lo que bien podría llamarse la estrategia del subdesarrollo.

En realidad todo el sistema de decisiones económicas resentirá la creciente influencia del capital extranjero, y sin perjuicio de que el Estado deje sentir su autoridad al adoptar ciertas medidas o de que éstas dependan directamente de empresas privadas nacionales, la burguesía extranjera y sobre todo la norteamericana, poco a poco irá afirmando su dominio hasta llegar a ser en ciertas áreas clave, más que la propia burguesía nacional, la que a través de las corporaciones multinacionales y mediante otros mecanismos, de hecho determine cómo estructurar la nueva economía y cómo vincularla al mercado exterior y, en consecuencia, la que en buena medida frustré el ejercicio de la soberanía nacional y vuelva imposible que cada país elija su camino y decida libremente cómo encauzar su desarrollo.

6) En fin, bajo el imperialismo cambia la importancia cuantitativa y aun el carácter y la naturaleza de los movimientos internacionales de capital, cambian también los aspectos tecnológicos del desarrollo y los países dependientes son sometidos a una nueva estructura financiera en la que, a diferencia de lo que acontecía en la época en que las bolsas de valores eran el centro del mercado internacional de capitales, ahora se combinan estrechamente la inversión

nacional y la extranjera, las colocaciones directas de capital y los créditos, los bancos privados y las instituciones financieras del estado, los bancos centrales y una compleja red de organismos financieros internacionales. En el fondo, lo que en todo ello está presente como el factor decisivo es la concentración y centralización del capital a niveles nacionales e internacionales sin precedente, que incluso desbordan a menudo los marcos y sobre todo las formas de expresión del capital monopolista, estudiadas por los clásicos del imperialismo, y que, por otra parte, contra lo que a menudo postulan los propagandistas de la inversión extranjera, en vez de significar una "ayuda" financiera que compense la supuesta y en cierto sentido real escasez de capital en los países subdesarrollados, agudiza la insuficiencia de recursos financieros y ahonda los desajustes de la balanza de pagos, pues generalmente entraña una succión de excedente de los países pobres hacia los ricos que confirma que, bajo el capitalismo, el papel real de éstos es explotar a aquéllos y no el ayudarlos a realizar su desarrollo.

* * *

Aunque sólo sea para integrar un esquema menos insuficiente, acaso tenga interés ver ahora el fenómeno en otra perspectiva y recordar lo que parecen ser las fases principales del subdesarrollo en la etapa imperialista, y por tanto las relaciones imperialismo-subdesarrollo, en un contexto histórico más preciso. Antes, sin embargo, conviene aclarar que, visto el subcontinente en su conjunto, a menudo se observan diferencias de un país a otro tanto en los linderos como en las modalidades específicas de cada etapa. No obstante, si bien las fuerzas productivas tienden a crecer y en algunos casos lo hacen aun con cierta celeridad, en ninguno de ellos se rebasa el marco del subdesarrollo, el que incluso se acentúa y vuelve el rasgo dominante de la economía latinoamericana.

Una primera etapa podría situarse, probablemente, entre los años ochenta del siglo pasado y la iniciación de la primera guerra mundial. ¿Qué es lo más característico de ella? Probablemente los hechos siguientes: la comunicación, sobre todo ferroviaria y marítima de los principales países latinoamericanos con las naciones industriales de mayor importancia, el rápido desarrollo de la minería (cobre, plomo, zinc, plata, estaño, etcétera), y la expansión y modernización de la agricultura de exportación y, en menor escala, también para el mercado interno; las migraciones de varios países europeos sobre todo hacia Argentina, Uruguay, Chile y Brasil y, aunque todavía en

pequeña escala, de trabajadores mexicanos hacia el oeste norteamericano; la extensión de los servicios bancarios en América Latina, el incremento del comercio exterior y la creciente afluencia de capital extranjero —al principio sobre todo de Inglaterra— en un marco político en que predominan las dictaduras militares, a la sombra de las cuales entran en estrecho contacto los principales sectores de la burguesía latinoamericana y la burguesía extranjera.

Entre 1914 y los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial se recorre una segunda etapa, cuyos rasgos más significativos son quizá éstos: el desarrollo a que antes nos hemos referido agudiza ciertos problemas económicos y sociales hasta el punto de crear situaciones realmente explosivas, como por ejemplo la Revolución Mexicana de 1910-17. Las exigencias impuestas por la guerra y después por las necesidades de reconstrucción, a las grandes potencias, implican cierto inevitable aflojamiento en los lazos de dependencia que alienta la iniciación, aunque todavía en pequeña escala y sólo en unos cuantos países, de una política sustitutiva de importaciones y, sobre todo, de algunas reformas institucionales a menudo no desprovistas de un acento nacionalista, que alientan ciertos avances democráticos y se traducen en factores de impulso a un crecimiento que, más que promover un rápido desarrollo económico implica un reacomodo en el marco de la dependencia.

En los años veinte la situación se agrava en virtud de que al terminar la guerra, Estados Unidos emerge como el principal país acreedor y la primera potencia imperialista, lo que hace que a lo largo de todo el decenio, bajo una sucesión de gobiernos republicanos ultraconsevadores, Norteamérica refuerce sus posiciones de control y trate de que los estados latinoamericanos ofrezcan las mayores facilidades al capital estadounidense. El estado se convierte así en un proveedor de servicios, es decir, de infraestructura barata a disposición del capital nacional y extranjero, empezando este último a desplazarse de los campos tradicionales (ferrocarriles y ciertas ramas de la agricultura y la minería) a otras más lucrativas y estratégicamente importantes como el petróleo, la electricidad, el comercio exterior y algunas actividades industriales. Con la crisis mundial de 1929 culmina lo que algunos suelen llamar el modelo de "crecimiento hacia afuera" en América Latina, que si bien llega a su fin en una década de cierta estabilidad y de exportaciones crecientes para algunos países, acentúa la dependencia y no sólo no asegura un desarrollo autosostenido sino que, como el colapso de 29 lo demostrará dramáticamente, agudiza al máximo la vulnerabilidad de la economía latinoamericana.

Los años treinta abren cierta posibilidad de rompimiento de la dependencia, en virtud de que la crisis y la depresión subsiguiente, el abandono del patrón oro, el drástico descenso del intercambio comercial y de los precios, y la paralización del mercado internacional de capitales desquician al capitalismo en su conjunto y debilitan, sin duda, a las potencias imperiales. En casi todas partes se habla de la necesidad de industrializarse, y bajo la presión de las masas populares y de algunos grupos radicalizados de la pequeña burguesía, se esbozan programas nacionalistas de carácter democrático. Tal situación no es privativa de ningún país sino característica de un momento del proceso latinoamericano y de una coyuntura internacional en que la crisis de los viejos mecanismos reguladores obliga, aun a la propia burguesía, a buscar nuevos caminos. De ello deja constancia la revolución brasileña de 1930, la lucha contra la dictadura de Machado, en Cuba; el triunfo del Frente Popular en Chile, los movimientos de masas en Uruguay y Argentina, los avances del Aprismo en Perú y el cardenismo, en México, en donde, como se sabe, ha habido una revolución larga y violenta a principios del siglo, que en un sentido social adquiere su mayor *momentum* en la etapa cardenista, cuando al amparo de una política democrática y de clara proyección antimperialista se expropiaron y nacionalizaron los grandes consorcios petroleros, se realiza una profunda reforma agraria, se impulsa el movimiento sindical y cooperativo y se amplía grandemente la intervención del Estado en la esfera económica. Y si bien en ciertos momentos parece empezar a configurarse una nueva estrategia del desarrollo que una alianza de fuerzas populares puede llevar adelante con éxito, aun las reformas que entonces se antojan más audaces son a la postre aprovechadas por la burguesía nacional y extranjera para consolidar su dominio y mantener a Latinoamérica en el atraso y la dependencia.

La segunda guerra mundial abre también, sobre todo al desarrollo industrial latinoamericano, cierta perspectiva. La intensidad del conflicto reclama de los beligerantes el máximo esfuerzo, lo que les obliga incluso en cierto modo a abandonar de momento sus áreas de influencia económica y sus mercados tradicionales de importación y exportación. En unos cuantos años los principales países del subcontinente logran sensibles avances en la producción de buena parte de lo que antes compraban fuera, y al término del conflicto disponen incluso de una capacidad de importación que, de haberse empleado racionalmente, habría hecho posibles nuevas e importantes realizaciones en el proceso industrial. Pero la dependencia vuelve a cobrar su alto precio y el capitalismo del subdesarrollo exhibe, una vez más su

incapacidad para librar a Latinoamérica del atraso. Al calor de la inflación, de la complacencia del gobierno hacia los ricos, de la especulación y los fáciles negocios, de la congelación de salarios y la oposición incluso a las huelgas más justas, la burguesía interna se fortalece y proyecta un desarrollo anárquico, desigual, profundamente antidemocrático y que supone el subempleo crónico de prácticamente todos los recursos productivos. Y, cuando las grandes potencias están ya en condiciones de reconstruir lo que la guerra ha devastado y de rehacer su influencia en los países dependientes, encuentran una burguesía local ciertamente más próspera, y que, habiendo desaprovechado por enésima vez la posibilidad de abrir el cauce de un desarrollo independiente, está de nuevo lista para entenderse con el capital extranjero y asociarse a él en las condiciones más ventajosas, así sean a menudo, también, las más mezquinas.

Toda la década de los cincuenta es económica y políticamente difícil. Se inicia bajo el signo de la inflación y las devaluaciones monetarias; y aunque el breve auge de la guerra de Corea trae consigo cierta activación del proceso económico, a partir de 1953 los precios empiezan de nuevo a bajar, como ya lo habían hecho en 1948-49; se aflojan las tasas de crecimiento económico, aumentan el desempleo y el subempleo, se agravan los problemas de la balanza de pagos y, en el marco impuesto por la guerra fría y la estrategia anticomunista de Estados Unidos, la burguesía latinoamericana se limita, en el interior, a apretar las clavijas frente al creciente descontento popular y, en el exterior, a mantener un torpe regateo y a fijar cierto precio en dinero a cambio de la solidaridad y el apoyo político que brinda al imperialismo.

El triunfo de la revolución cubana altera la situación, rompe el precario equilibrio político establecido y exhibe las verdaderas posiciones tanto de la burguesía latinoamericana como de la política estadounidense; y aunque desde el primer momento queda claro que el pueblo cubano, en ejercicio de su soberanía y con plena conciencia de sus intereses toma el camino revolucionario, la cantinela del anti-comunismo y la falsa alarma de que la seguridad hemisférica está gravemente amenazada, no se hacen esperar. Pero como no bastan tales denuncias para hacer causa común contra la oveja *roja* del rebaño latinoamericano, a principios de 1961 se lanza desde Washington la Alianza para el Progreso, o sea la alternativa reformista con que la burguesía de todo el continente responde al peligro revolucionario. La ALPRO consiste, en esencia, en el trazo de una estrategia que, a través de la combinación de ciertas reformas instituciona-

les —agraria, administrativa, fiscal, educativa, etcétera—, una política de integración económica regional, mayor financiamiento externo y cierta dosis de programación, o cuando más de planificación indicativa, impulse el desarrollo y a la vez contribuya a preservar y fortalecer el sistema social imperante.

La “década del desarrollo” como pomposamente se designa en los organismos internacionales oficiales a los años sesenta, tampoco libra a Latinoamérica del subdesarrollo. Si bien se inscriben innegables avances en el proceso industrializador, la aplicación del “modelo” de sustitución de importaciones crea un estado de cosas muy distinto al que los más optimistas preveían años atrás. Lo primero que salta a la vista es que la industrialización no consiste en que grandes empresas públicas y privadas, realmente latinoamericanas, produzcan en cada vez mayor escala lo que antes se importaba. Aunque esas empresas están presentes y juegan, en ciertos campos, un papel importante, las áreas más dinámicas: las industrias metalúrgicas y mecánicas, la petroquímica, sobre todo secundaria, la química pesada y ligera, la rama farmacéutica, la electrónica, la fabricación de máquinas herramientas y con frecuencia aun industrias tradicionales como la textil y la alimenticia, quedan en gran medida y a veces totalmente en poder de grandes consorcios extranjeros, cuya apariencia multinacional y su asociación, a menudo meramente virtual, al capital local, no logra ocultar su verdadero origen, su naturaleza y sus propósitos.

El capital extranjero invade, además, el comercio y los servicios y se apodera, allí también, de muchas de las ramas más lucrativas. Pero acaso lo más grave consiste en que la industrialización así concebida no resuelve uno sólo de los problemas fundamentales de América Latina. En efecto, subsisten la inflación y la especulación, aumentan el desempleo y el subempleo, persiste el déficit en las finanzas públicas, y, lo que no deja de ser un tanto paradójico, la sustitución de importaciones se traduce, en el marco de la dependencia y una profunda desigualdad, en la necesidad de más y más importaciones que acaban por generar desequilibrios sin precedente en el reparto del ingreso y en la balanza de pagos latinoamericana.

Así es como se inicia lo que, según otro eufemismo, se conoce como la “segunda década del desarrollo”. Ahora sin siquiera una Alianza para el Progreso sino tan sólo un segundo régimen de Nixon y la estrategia de las corporaciones multinacionales que hemos visto emplear recientemente a la International Petroleum en Perú y a la IIT (International Telegraph and Telephone) en Chile. El mensaje en turno es el de Rockefeller: en vez de reformas, así sean éstas

inocuas, lo que parece sugerirse es desempolvar el viejo “big stick” y recurrir a lo de siempre: a la presión diplomática, a la maniobra financiera y al estira y afloja de los préstamos, que acaban por subordinar a quien los recibe así se trate de créditos no “atados”; a las provocaciones de la CIA y aun la intervención de las misiones militares, al fortalecimiento de los gorilas y a los acuerdos con los coroneles y generales dispuestos a transar con el imperialismo.

En ese ambiente no es extraño que ciertos sectores de la burguesía latinoamericana se muestren preocupados, intenten revisar algunos aspectos de sus relaciones con el capital extranjero y aun protesten ante situaciones que consideran inaceptables. Y menos sorprendente, todavía, es que ciertos intelectuales y otros voceros de la pequeña burguesía, impulsados por una justa inconformidad y un sano aunque un tanto romántico nacionalismo, aspiren incluso a modificar sustancialmente el actual orden de cosas, pero sin afectar en lo fundamental el orden social que lo produce.

Podría decirse, en realidad, que en el escenario latinoamericano parecen enfrentarse dos posiciones que si bien se desdoblan en otras más, con ciertas diferencias entre sí, empiezan a exhibir dos concepciones opuestas y aun irreconciliables. Según una de esas corrientes, que aparte de contar con el apoyo de amplios sectores de la burguesía es respaldada por sectores intermedios y aun contingentes populares que apenas empiezan a cobrar conciencia de clase, la solución a los problemas del subdesarrollo deberá encontrarse bajo el capitalismo, pero bajo un capitalismo —nos dirían— autónomo, nacionalista, en que la burguesía de cada país sea el agente que libre a Latinoamérica del subdesarrollo y la explotación. Según tal posición, que en sus versiones más “audaces” niega la existencia del imperialismo, aunque en rigor lo concibe como un hecho externo con el que nada tienen que ver las burguesías nacionales, a este enemigo habrá que enfrentársele a través de ciertas reformas, intentos legalistas de reglamentación y excitativas para persuadirlo de que, en lugar de actuar como actúa, debiera hacerlo para servir los intereses de los pueblos a los que explota. Dentro de esta corriente reformista no dejan, sin embargo, de advertirse diferencias significativas, que principalmente proceden de las posiciones que a su vez mantienen las clases y estratos que ejercen mayor influencia en cada caso. Y, mientras la oligarquía y en general los sectores más poderosos de la burguesía no ocultan sus reservas y aun temores frente a ciertas reformas, las capas más modestas de la propia burguesía y, sobre todo, los grupos más inconformes de la pequeña burguesía incorporados al aparato del estado, a las empresas privadas y a los centros

de enseñanza, reclaman cambios de mayor envergadura pero que deberán producirse, como antes hemos dicho, en el marco institucional establecido.

La otra corriente, en cambio, postula la necesidad de una transformación profunda, propiamente revolucionaria, como condición del desarrollo independiente de América Latina. Su posición consiste, esencialmente, en sostener que si los problemas y obstáculos que determinan y enmarcan el subdesarrollo son estructurales, las soluciones tendrán que ser también estructurales. Es decir, si la burguesía nacional y extranjera es en gran medida responsable del atraso y de la dependencia, no va a ser ella misma —jamás podría serlo—, no importa qué tan graves lleguen a ser las contradicciones que la afectan, la que se enfrente a ellas y pueda superarlas. Sólo las masas populares organizadas, a partir del momento en que conquisten el poder y, sobre todo, a partir del momento en que empiecen a construir el socialismo, serán capaces de resolver tales contradicciones, de romper la dependencia y de librarse en definitiva del subdesarrollo, y del capitalismo y el imperialismo que lo engendran. Tal es el camino —y en esta fase histórica, el único camino— de un desarrollo nacional independiente.